



Honor a quien honor merece. Recuerdo del Dr. Luis Landa Verdugo

José Luis Ibarrola Calleja*

Hoy, después de varios meses de la partida del Dr. Luis Landa Verdugo, puedo al fin expresar ciertos recuerdos y vivencias que estaban guardados en mi corazón y que no había podido exteriorizar después de saber de su desaparición.

Lo conocí en 1966 como mi profesor de clínica de gastroenterología en aquella clase de las aulas del Hospital General del CMN. Aulas hermosas con grandes pizarrones, entonces los más modernos, llenos de conceptos lógicos e hilvanados, y, como era de esperar, acompañados de verdaderas cátedras únicas e inolvidables. Entender los fenómenos digestivos y, al mismo tiempo, la mayoría de los trastornos fisiopatológicos que los provocaban fueron verdaderas clases que, sin darnos cuenta, nos adentraron en el fascinante mundo de la medicina y de la fisiología aplicada a las enfermedades. Su gran facilidad para explicar lo complejo, así como su elegancia y pulcritud lo convirtieron en un ícono de la medicina y de la gastroenterología. Se encontraba rodeado de los mejores maestros, como el eminentísimo Dr. Jesús Aguirre de Patología, maestro de voz grave, sabiduría profunda y extraordinarios conocimientos; el Dr. Miguel Tanimoto, investigador incansable y de mirada generosa; el Dr. Alfonso Perrches, docente y clínico dedicado; el Dr. Luis Cervantes, clínico avezado con gran experiencia, de mirada escrutadora e inseparable de su café humeante y los doctores Enrique Segovia y Miguel Stoppen, que en aquel entonces aportaron juventud y mucho empuje. El Dr. Stoppen se convirtió en el hoy connotado imagenólogo después de haber sufrido una

increíble metamorfosis profesional y humana cuando se encontró con una dama que lo transformó en un ser más humano, estupendo gastro-imagenólogo e innovador de la medicina diagnóstica. No cabe duda que hoy esa parte de la medicina diagnóstica no se podría entender sin personajes como ellos. El Dr. Landa, junto con otros cirujanos, fue uno de los grandes innovadores de las ciencias modernas del siglo XX; hoy bien sabemos que la labor de todos ellos dio pie a la cirugía actual.

Asimismo, al gran maestro Norberto Treviño Zapata y a su hijo el Dr. Norberto Treviño García Manzo, los recordamos con respeto y cariño, al igual que al Dr. Antonio de León, gran clínico y amigo del Dr. Landa, quien al final pudo ver por él cuando llegó muy grave al CMN.

Otros doctores a quienes recordamos con admiración son: el ya fallecido Dr. Vicente Guarner, estudiosos del esófago que elaboró grandes aportaciones en los tratamientos de los problemas del reflujo; el Dr. Jorge Bautista O'Farrill, persona de gran talento y profesor de toda la vida; el Dr. Francisco Hidalgo Castro, a mi juicio el cirujano más completo, hábil y de fuerte carácter que he conocido, luchador incansable e innovador en las técnicas más complejas, él introdujo nuevos procedimientos en México y siempre desafío los retos más grandes, su sencillez y sabiduría lo hicieron gran ejemplo entre sus alumnos, su pulcritud quirúrgica y moral de maestro innato de la cirugía alentó a docenas de cirujanos jóvenes a triunfar en sus caminos; el Dr. Gustavo Baz hijo, un cirujano arrojado, hábil, muy amigable, de sonrisa amable y digno heredero del "padre de la medicina moderna mexicana", el Dr. Don Gustavo Baz Prada, conocido como el gran "hacedor" de la medicina moderna mexicana; el Dr. Raúl Gómez Garza; el Dr. Rafael Álvarez Cordero; el Dr. Carlos Godínez; todos ellos fueron personajes inolvidables que nos ayudaron a formarnos y a ser lo que hoy somos docenas o centenas de cirujanos.

Hay un sinnúmero de médicos y seré injusto al no mencionarlos a todos, pero sí puedo decir que somos cientos de médicos los que aprendimos mucho del Dr. Luis Landa, un médico que sacrificó mucho de su vida personal en aras de la buena medicina. No sé qué tan feliz fue el Dr. Landa

* Cirujano General. Ex-director del Hospital Ángeles del Pedregal.

Correspondencia:
José Luis Ibarrola Calleja
jibarrola47@terra.com.mx

Aceptado: 08-02-2012.

Este artículo puede ser consultado en versión completa en <http://www.medigraphic.com/actamedica>

Verdugo, sólo sé que ayudó a muchas personas. Y también sé que a muchos seres humanos les dio salud y bienestar. Basta con citar el ejemplo del caso de una paciente de apellidos muy rimbombantes que el Dr. Landa me encargó y me dijo textualmente: "mira, José Luis, a esta paciente hay que prepararla y quitarle el colon derecho; te pido que le hagas una angiografía a la pieza quirúrgica con medio de contraste canalizando la arteria ileocecal y le tomes unas placas de la pieza y vas a descubrir lesiones angiodisplásicas, cuando termines me enseñas las placas". Él no dudó en su diagnóstico, y yo no dudé en realizar obedientemente la operación a la paciente, el cual corroboré con la radiografía: Síndrome de Rendu-Osler-Weber (angiodisplasias del aparato digestivo). La paciente se curó, ya no le volvió a sangrar el tubo digestivo y yo quedé impresionado con el diagnóstico de mi maestro, que siendo clínico me enseñó cirugía fina con diagnósticos que ahora son muy difíciles a pesar de tanto apoyo tecnológico.

Después de eso me convertí en su cirujano de confianza y ello para mí fue un verdadero éxito, una gran meta. Recuerdo aún la alegría que sentí al saber que el mejor gastroenterólogo y clínico de México me confiaba a sus pacientes. Fue como ingresar al colegio o la academia más exigente, y claro está, con una gran responsabilidad. Si para él eso fue la certidumbre de que yo había pasado la prueba en mi profesión, para mí fue entender mi responsabilidad; nunca, hasta ese momento, imaginé el peso que ello representaba; como resultado me conseguí grandes adversarios en mis compañeros, más no enemigos. Hoy entiendo que los celos y la competencia profesional eran y son inevitables, y también entiendo que cualquier cirujano que fuera de la confianza del maestro Luis Landa sería motivo de grandes ataques y envidias. Y puedo confesar que a temprana edad lo viví. No puedo decir que lo disfruté, pero sí que asumí la responsabilidad con la mejor actitud que pude. En algunas ocasiones, cuando llegué a fallar al curar a mis pacientes, me hundía en una gran tristeza, eso me ubicó siempre como un ser falible y humano, pero con el respaldo de un gran médico, maestro, científico, investigador y ejemplo de respeto hacia los pacientes. El Dr. Luis Landa como cirujano me dejó perplejo, y así como el ejemplo que mencioné, hubo muchos otros casos en los que él demostró una calidad diagnóstica única.

Por cierto, siempre nos llevó a presentar nuestros trabajos en los congresos nacionales o internacionales. Él se encargaba de vigilar la calidad de las diapositivas, que no tuvieran errores de ortografía o errores de cualquier tipo, nos enseñaba a hablar en público y el modo en cómo vestirnos con dignidad y propiedad. Cuando teníamos un fracaso quirúrgico ante una nueva técnica o un caso muy complejo, él nos hablaba como clínico de la "curva de aprendizaje del cirujano", con la cual nos mostró que no

debíamos cejar o decepcionarnos, ya que él había sido testigo de muchos fracasos iniciales en su vida para dar entrada a las técnicas que en su momento fueron muy probadas y exitosas. Lejos de ser un crítico destructor de la imagen del cirujano a mí me consta que siempre entendió la posibilidad del trabajo en buena lid de un caso quirúrgico, mas no aceptaba la irresponsabilidad o la omisión en sus cirujanos; de hecho, siempre fue exigente en los terrenos en donde tenía que serlo. La prueba es que con el apoyo del maestro Dr. Bernardo Sepúlveda creó el mejor Servicio de Gastroenterología, por muchos años, en México y Sudamérica.

Su producción científica fue impresionante. Luchó contra el flagelo de la amibiasis invasiva y ayudó a investigar acerca de una posible vacuna, después participó en el desarrollo de la cimetidina que cambió la cirugía de la úlcera gastroduodenal y otros medicamentos que cambiaron al mundo, pero lo más relevante fue que su Departamento de Gastroenterología del Hospital General del CMN del IMSS fue el más organizado, limpio y eficiente, y con una espectacular cantidad de pacientes. Los personajes más relevantes de la política, cultura y diplomacia se atendían en ese servicio. Era la meca de la buena gastroenterología en México y muchos médicos disfrutamos el privilegio de trabajar y aprender con él. Todos los días había sesión a las 8:00 am y nos reuníamos siempre clínicos y quirúrgicos con temas sofisticados de medicina interna y de cirugía, con casos anatomo-patológicos o casos problema, estudios de la hepatitis viral y su diagnóstico, se discutían los avances del estudio de la paciente inmunología, sesiones de radiología diagnóstica y se analizaban en las autopsias los fracasos, en sesiones generales con todos los hospitales del Centro Médico. Fueron verdaderos retos de análisis para el médico que tenía que descubrir el diagnóstico en casos cerrados y ello lo exponía al glorioso éxito o al estrepitoso fracaso. Gracias a esas sesiones, que eran obligatorias para todos los médicos del Centro Médico, aprendimos la dialéctica clínica, elemento que hoy podemos usar como herramienta habitual en nuestro devenir médico.

Quiero describir el Servicio de Gastroenterología médico-quirúrgico del HG del CMN para las nuevas generaciones, o para aquellos médicos que no tuvieron el privilegio de vivir la experiencia del CMN. Eran dos pisos completos con más de 40 camas en cada sección doble, norte-sur; es decir, casi 160 camas más los llamados pacientes metástasis, que cuando no había camas disponibles se internaban en otros servicios del hospital, por lo que no era raro que tuviéramos en ocasiones más de 200 pacientes, sin contar los de terapia intensiva que inicialmente eran dos camas que el Dr. Álvarez Cordero inició en el sexto piso de mujeres. Por cierto, esa terapia era cubierta por médicos residentes de cirugía gastromédica. Ello nos obligó

a estudiar arduamente todo lo relativo al estado de choque por sepsis o por sangrado, y otros casos complejos que poco a poco aprendimos; esa etapa fue muy impactante al descubrir el enorme reto que implicaba. Con el tiempo nació la Terapia Intensiva con personal de tiempo completo dedicado exclusivamente a esa especialidad; para los cirujanos significó un gran alivio por lo demandante del enfermo crítico; de ahí en adelante, evidentemente, mejoró la sobrevida.

Siguiendo con la forma de trabajo del Dr. Landa, aunque siempre nos vestíamos de uniforme y corbata oscura, el día que nos tocaba visita de piso con él debíamos estar relucientes: con cabello corto y bien peinado, los expedientes bien ordenados con notas manuscritas y legibles, los estudios en orden y actualizados con la hoja frontal con los diagnósticos previos y los vigentes, las operaciones hechas y sus fechas, así como información suficiente, clara y útil. El médico clínico de base le presentaba el caso y su evolución, y el maestro, alzando su peculiar ceja, interrogaba al paciente, mientras que éste lo miraba con admiración y esperanza fundada en su prestigio y seriedad. De repente checaba la charola de alimentos y preguntaba cuál era la dieta que le estaban dando al paciente, no era raro encontrar discordancias entré él y la dietista, a quien le pedía explicaciones sobre anomalías o errores, también verificaba el aseo digno en la cama y en todo el sector.

Después, si el caso era quirúrgico, le preguntaba al residente quirúrgico o al cirujano y, con respeto, discutían alternativas y opciones. Él tenía el criterio de un cirujano que hacía clínica. Sabía lo que se podía exigir y lo que no, incluso parecía que él podía operar por el modo en que se expresaba. Era muy completo, serio y exigente. La gente podía temerle, pero lo respetaban y todo era para bien de los pacientes. Es conveniente señalar que el Dr. Landa tenía un problema que él no se merecía, nació con un aspecto de mucha clase, podríamos decir, sin exagerar, como el de un aristócrata genuino, sin fingimiento alguno. Él era un ser humano gallardo, con mucho estilo y seguridad en sí mismo. Su mirada, cuando estaba contrariado, era como de acero afilado, y le indignaba la irresponsabilidad, la mediocridad y la falsedad, lo cual era muy humano; sin embargo, en él era algo que algunas personas que lo llegaron a conocer no lo aceptaron y menos se lo perdonaron. Tuvo errores muy difíciles de entender, pero tuvo muchísimos más aciertos que la

mayoría de los líderes de la medicina de aquella época. Hoy no podríamos entender la gastroenterología médica y quirúrgica sin las aportaciones del Dr. Landa.

Llegó a su clímax desde 1963 cuando se fundó el CMN y Bernardo Sepúlveda, distinguido líder de la medicina mexicana, le dio al Dr. Landa la responsabilidad del Servicio de Gastroenterología del Hospital General del CMN del IMSS. Sin exagerar, cientos de especialistas quisieron ingresar a ese servicio. Se manejaban fuertes influencias desde la Presidencia hasta abajo. Ahí llegaban los especialistas extranjeros mejor preparados y de excelencia. Sin duda alguna, ello fundamentó la escuela de gastroenterología y cirugía general más exitosa por mucho tiempo en México. Hay cientos de miles de pacientes que fueron atendidos en ese lugar y que recuerdan con agradecimiento la atención que recibieron. Con los vaivenes de la política nacional hubo un cambio de vientos y cuando el Dr. Landa ya era el Director del Hospital fue removido por cuestiones de tiempo y de política, mas no por algo incorrecto en su proceder.

El Dr. Luis Landa se fue primero a la Subdirección Médica del ISSSTE y después de una breve estancia en la Dirección del Hospital Xoco del Departamento del D.F., regresó a su consultorio y continuó siendo muy atinado por muchos años más. Sin embargo, al final fue agredido por el olvido y el mal de Parkinson y, finalmente, estando en un hogar para personas de la tercera edad, su salud se terminó de deteriorar debido a problemas digestivos: un sangrado lo llevó a un hospital del IMSS, y después de una intervención quirúrgica fue llevado al Hospital de Especialidades Siglo XXI, ahora Hospital Bernardo Sepúlveda. Falleció a los 84 años un médico extraordinario y muy exitoso, pero, sobre todo, muy dedicado y perfeccionista de la buena medicina. Los que tuvimos el gran honor de ser sus alumnos y después sus médicos de apoyo no tenemos palabras suficientes para agradecer a tan gran mexicano y tan gran maestro, toda su entrega a una labor con frecuencia ingrata, pero seductora, humana y loable como lo es el ejercicio de la buena medicina. Doctor Don Luis Landa Verdugo, que Dios lo bendiga, todos lamentamos su partida y, más aún, la triste lejanía de una persona que nos brindó ejemplos, conocimientos, experiencia, categoría, sabiduría. Con esta reseña breve he tratado de dar a conocer a las nuevas generaciones quién fue y qué nos legó el Dr. Luis Landa Verdugo, que descanse en paz.